

CONSIDERACIONES INICIALES

Fabrizio Meroni

Secretario General de la Pontificia Unión Misional
Director del CIAM y de la Agencia Fides

1. Las razones de un seminario de estudio sobre «Laicado y misión» para investigadores universitarios, educadores, pastores, directores nacionales de las Obras Misionales Pontificias (OMP) y cristianos de lengua española comprometidos en la evangelización surgen del contexto de desafío positivo y crítico que el mundo plantea a la misión eclesial. Hagamos nuestra la necesidad de reforma (EG 33) que el papa Francisco demanda en su insistencia centrífuga respecto a la Iglesia para que toda actividad pastoral encuentre en la *missio ad/intra gentes* su paradigma, a fin de generar una Iglesia siempre y en todas partes en estado permanente de misión. Gracias a todos aquellos que han trabajado para que este seminario de estudio –desarrollado en el CIAM (Centro Internacional de Animación Misionera) del 13 al 18 de febrero de 2017– se llevara a cabo y a todos los que han aportado su inteligente contribución.

2. ¿Dónde se coloca el fiel laico bautizado? Todos nacemos laicos en cuanto bautizados. Todos entramos en la Iglesia como laicos. La relación fe-mundo está en el corazón de la identidad del cristiano, que en su forma auténtica de discípulo es misionero, porque lleva el mundo dentro de sí, consigo y en torno a sí, para transfigurarlo en la Pascua de Jesús. Este llevar el mundo está significado existencialmente por la corporeidad sexualmente diferenciada y fecunda. La forma pascual del mundo es la Iglesia (Jerusalén celeste, cf. Gál 4,26), en la que el mundo es totalmente transfigurado en la luz-gloria del amor de Dios Trinidad. La misión, por tanto, se presenta como relación Dios-mundo, cuya forma es

la Iglesia eucarística. La misión como relación Iglesia-mundo ve el mundo dentro, fuera, a través de y junto a la Iglesia, que está siempre en el mundo, para el mundo, y que es ella misma mundo salvado y transfigurado.

Además podemos preguntarnos si la «desterritorialización» de la misión *ad gentes* en razón de la misión *inter gentes* no está exigiendo colocar al mundo en el centro de la práctica misionera de la Iglesia. Si cada tierra y cada hombre es tierra de misión, el mundo como creación, en cuyo corazón está el hombre-mujer *imago Dei*, se presenta como sujeto-objeto interlocutor de la revelación salvífica de Dios Trinidad.

3. Para una renovada, justa y adecuada comprensión del fiel como laico bautizado es necesario superar la distinción separadora clero-laicos, sin erosionar la diferencia ontológica del sacramento del orden. Por lo demás, cincuenta años después del Vaticano II, la Iglesia sigue repensándose canónicamente y se estructura en todas partes sobre esta distinción, en ocasiones separación, de clara naturaleza «clericocéntrica». La relación bautismal matrimonio- virginidad es, por el contrario, la verdadera naturaleza sacerdotal de la Iglesia, como mundo redimido en Dios. También los ministros ordenados tienen necesidad de la virginidad consagrada y del matrimonio para estar adecuadamente colocados en la relación de la misión entre la Iglesia y el mundo.

La familia y el trabajo en la nueva relación bautismal articulan la apropiación transfigurante del mundo, es decir, el modo ordinario de hacer la misión. Llama la atención la constante ausencia, cuando se habla de laicos, de su modalidad ordinaria de ser cristianos, es decir, en el matrimonio-familia y con su trabajo. Allí donde se tratan estas realidades (normalmente como objetos-características específicas de la teología moral y de la enseñanza social de la Iglesia) se las reduce a características cuasi no constitutivas del laico como tal. Su verdadero papel en el esquema tripartito (clero, religiosos y laicos), hoy insuficiente e inadecuado, quiere un laico «que cuente eclesialmente», reducido a colaborador del clero, conectado a la pastoral o a la acción misionera organi-

zada por la parroquia-diócesis, Conferencia Episcopal o instituto misionero, incluso cuando formalmente se afirma lo contrario. Para ser cristiano hoy, en esta mentalidad «pastoralista» imperante, es necesario estar comprometido en la parroquia o en la diócesis.

Por el contrario, la competencia profesional, entendida como capacidad libre, inteligente y creativa de relacionarse con el mundo transformándolo, es la modalidad ordinaria con la que el fiel laico-realiza su misión bautismal. Por profesión hay que entender la dedicación competente y comprometida de la propia persona en la vocación paternal y maternal gracias a la relación esponsal-conyugal y a la calificación laboral. Ser un buen padre y esposo, una buena madre y esposa, tiene que ver con la competencia profesional más allá de ser un buen y capaz trabajador, un buen y capaz médico, un buen y capaz profesor, un buen y capaz agricultor. Incluso el que está física, moral, psicológica o psíquicamente incapacitado para esta competencia activa y eficiente se vuelve eficaz en la misión de la Iglesia gracias al ofrecimiento eucarístico de sí mismo unido a la Pascua de Jesús, por la que se convierte en competente gracias a la trágica situación de sufrimiento y dolor personal.

La eucaristía se coloca en el centro de la Iglesia, la hace existir como misión hacia el mundo, porque es Palabra divina anunciada, encarnada, crucificada y resucitada. La misión está en el corazón de la fe cristiana para que Dios pueda hacer de Cristo el corazón del mundo. Una centralidad teológica de la sola encarnación, como de hecho continúa ocurriendo en mucha teología católica y pro-testante de la misión, ha hecho de la transformación socio-política del mundo el fin de la misión. En la lógica de la *missio Dei*, el destinatario último de la misión es Dios, no el mundo. Volver a Dios: el mundo debe, transfigurado y glorificado, volver a Dios, volver en Dios, porque existe para Dios.

4. Los laicos, considerados cristianos activos, en la perspectiva «pastoralista» parecen ser solo aquellos que llevan a cabo servicios pastorales (liturgia, catequesis y caridad) y están comprometidos en la parroquia. La normalidad de la vida cristiana dentro del propio estado de vida, en el trabajo y en la familia, no parece in-

teresar a la vivencia eclesial, visto que lo que cuenta es la funcionalidad parroquial y diocesana. El laico, equivocadamente, siempre es considerado colaborador del clero, incluso cuando se afirma lo contrario. Parece, sin embargo, que el Espíritu Santo, en una cierta concomitancia con el acontecimiento conciliar del Vaticano II, ha hecho surgir nuevas formas de ser Iglesia (los movimientos eclesiales), que buscan tomar más en serio y más adecuadamente al mundo y, con esto, la santificación-redención del fiel bautizado, que es siempre laico.

5. La misión como transformación pascual del mundo exige poner al obispo-sacer-dote-diácono en su justo lugar en el contexto bautismal laical del pueblo de Dios. El martirio de muchos cristianos y el desinterés de muchos por la Iglesia, en la irrelevante insignificancia de Dios para sus vidas, obliga a un providencial replanteamiento de la fe cristiana, de su transmisión-testimonio y de la misión de la Iglesia. Estas dos realidades –martirio e indiferencia–, paradójicamente tan contrapuestas, hablan a los cristianos de la necesidad de repensar la laicidad bautismal del pueblo santo fiel de Dios como intrínseca relación de fe con el mundo en la continua conversión, fruto del encuentro personal de cada uno con Cristo. También debe insertarse en este proceso la dimensión ecológica, tan demagógicamente repetida.

6. La verdadera centralidad bautismal debería restablecer la centralidad eucarística del matrimonio y de la radicalización virginal del bautismo. Una separación canonista entre clero y laicos –todavía terriblemente determinante del carácter «pastoralista» de nuestras comunidades cristianas, en estado de extinción numérica o de insignificancia cultural, incluso cuando son numerosas– es errónea respecto a la constitución sacramental de la Iglesia y al sacerdocio bautismal de los fieles, cuya raíz es el bautismo y cuya plenitud es la eucaristía. No existe separación alguna entre clero y laicos. Existe una diferencia sustancial, no solo de grado, del ministerio ordenado (LG 10). Tal diferencia solo está al servicio de la ininterrumpida unidad apostólica de la Iglesia (Tradición) en torno a la eucaristía y a la verdad salvífica.

La verdadera distinción respecto a la salvación escatológica del cristiano es solo la que se establece entre matrimonio y virginidad, es decir, entre las únicas dos modalidades de hacer del mundo-cuerpo el lugar de la revelación fecunda de Dios y de su salvación para nosotros y para el mundo. La justicia, la paz, la libertad, el diálogo interreligioso e intercultural, no son valores del Reino que defender. Son dimensiones de una misión que construye la Iglesia-Reino como verdadera transfiguración del mundo, gracias a la Pascua de Jesús, en apertura a la Jerusalén celeste, cumplimiento escatológico del Reino, donde –es interesante notar– la unión beatífica será de carácter sponsal. Cada uno vive, se santifica y se transfigura a sí mismo y al otro dentro de su llamada y de su vivencia vocacional. La Iglesia es principio y germen del Reino. Reino para el cual, una vez cumplido en la Pascua escatológica, es Iglesia en plenitud, Esposa del Cordero.

La misionología, gracias a la pluralidad de las culturas, de las religiones, de las migraciones, debería ofrecer mentalidades nuevas de acercamiento al mundo de una Iglesia valiente que abandona estructuras ya inútiles y obsoletas, que se reforma generando asimismo cosas nuevas, verdaderas y reales, también en sus estructuras e instituciones. Una vez más se nos pide con urgencia que nos tomemos en serio el mundo y su centralidad, que desafía a la misión, gracias a la ordinaria presencia del mundo en medio de nosotros, es decir, los fieles laicos bautizados.

Roma, 13 de marzo de 2017